

restringir el número de vehículos en circulación, además a diseñar estrictas medidas de control en las empresas industriales. Es evidente que en el manejo de este problema y en la comprensión del fenómeno hay una ambigüedad, que distorsiona e impide la elaboración de un adecuado análisis de esta situación.

Para concluir, es importante recordar que el consumidor de tabaco es un adicto al consumo de una sustancia, que le ha generado, tanto una dependencia física como psicológica, está apegado a las sustancias químicas que se desprenden del producto que succiona; no hay que olvidar tampoco que ha ingresado al mundo de los fumadores utilizando el tabaco como un medio de socialización y como un mediador cultural, por lo cual, si se quiere rehabilitar, debe ser sometido a los mismos cuidados, atenciones y tratamientos que se le brindaban al consumidor de otra sustancia cualquiera.

LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

CARACTERISTICAS DE UN LABERINTO

Marta Cristina Palacio
SOCIOLOGA *

PRESENTACION

El Taller Cultura y Droga definió en su programación para el primer semestre de 1995, un espacio para la reflexión en torno a la violencia social y familiar que presenta la sociedad colombiana.

Por tal razón, las notas que a continuación se presentan son el resultado de esa sesión, las cuales a su vez dan cuenta de algunos resultados de la investigación sobre "Determinación de Factores de Riesgo en Violencia Familiar" que se adelantó en algunas ciudades intermedias del país, como Manizales, Popayán, Santa Marta, Pasto, Tunja, y San José del Guaviare,

* Profesora Titular. Universidad de Caldas. Facultad de Desarrollo Familiar.

realizada por el Centro de Investigaciones de la Facultad de Desarrollo Familiar de la Universidad de Caldas en convenio con el Instituto Nacional de Salud.

LA VIOLENCIA EN COLOMBIA: CARACTERISTICAS DE UN LABERINTO

Colombia aporta al final de siglo un escenario complejo y paradójico. La definición de una racionalidad modernizadora que empieza a gestarse después de la segunda postguerra, implica especialmente en la últimas dos décadas, el afinamiento del modelo de desarrollo neoliberal.

Esta racionalidad modernizadora se traduce en un reconocido crecimiento económico y en el cambio de algunos indicadores sociales como la expansión de la urbanización y de fuertes flujos migratorios; el incremento en la escolaridad y la alfabetización; la reducción de la morbilidad acompañada de un esfuerzo institucional por cambiar algunas prácticas culturales respecto a la salud; la disminución de la desnutrición infantil con una mayor cobertura de servicios respectivos; así mismo, las transformaciones demográficas en cuanto a la nupcialidad y fecundidad conjuntamente con el incremento de la esperanza de vida, hacen pensar en una sociedad que avanza. Pero éste camino no ha sido fácil. Mas aún, ésta modernización, concebida como el proceso de cambio económico y tecnológico y del dominio de las relaciones de mercado, entra en choque con un orden tradicional y sacralizado con fuerte arraigo en el clientelismo, las lealtades personales y familiares y la institucionalización del favor.

La modernización llega tardíamente al país. Sin embargo, no logra aún, consolidar un nuevo orden cultural y simbólico donde las relaciones seculares direccionen democráticamente la resolución de los conflictos que producen los cambios. Todo lo contrario, incorpora a la violencia como un camino legítimo en la confrontación de los poderes, o simplemente en su conservación. Este panorama corresponde a una sociedad moderna en las condiciones propias de la periferia, donde la marginalidad

urbana, la delincuencia y la industria del crimen no son la expresión de formas de vida tradicional sino moderna, como lo plantea Fabio Giraldo y Héctor López¹.

El crecimiento económico y la tecnificación de la vida cotidiana, demandan una modernización y una presencia efectiva del Estado, como también la construcción de una modernidad que permita un tejido social secular y democrático. Pero ésta exigencia se enfrenta a la expansión y cualificación de múltiples formas de violencia. Se evidencia así la militarización de la vida civil y la legitimidad de unos códigos de relacionamiento donde la violencia es el paradigma explicativo de la realidad social, el signo de la interlocución, el referente de una confusa identidad colectiva y, mas aún, una estrategia de subsistencia.

Paradoja incesante de la sociedad colombiana: modernización y violencia, democracia y violación de los derechos humanos, conforman el vértice de un proceso donde confluyen dos tendencias, por una parte una herencia de deslegitimación del Estado y de desestructuración del Orden Social que dejó especialmente la década del 80, pero por otra, el esfuerzo fundamentalmente desde la sociedad civil de construir un nuevo tejido donde las relaciones sociales se sustenten en la equidad, la solidaridad y en el sentido civil y democrático. Esta última tendencia se marca con la llegada de la Constitución de 1991, orientando procesos institucionales, sociales y comunitarios.

Los cambios políticos, sociales, económicos y culturales propuestos por la Constitución son necesarios más no por ello suficientes. La tendencia hacia la democratización de la vida social es débil aún, y se continúa identificando un alto grado de violencias públicas de carácter político, social, cultural y económico. El número de asesinatos de toda índole siguen marcando a la violencia como la primera causa de mortalidad en el país, con implicaciones tan profundas como el incremento de los años de vida

¹ GIRALDO, Fabio. LOPEZ, Héctor. La Metamorfosis de la Modernidad en Colombia el Despertar de la Modernidad. Ed. Foro por Colombia. Santafé de Bogotá, 1991. pág 263.

potencialmente perdidos y un cambio forzoso en la estructura demográfica al presentar un mayor número de muertes masculinas entre los 15 y 35 años. Así mismo las desapariciones, los secuestros, las extorsiones, el boleteo y las amenazas selectivas se acompañan de masacres indiscriminadas, de la emergencia de grupos de limpieza social, de milicias urbanas, de autodefensas rurales, como también, del incremento de la delincuencia común y la inseguridad ciudadana.

Libardo Sarmiento² citando un estudio del Ministerio de Salud, plantea como en los años 50 la tasa de muertes violentas alcanzaban 55 muertos por cada 100.000 habitantes, en las décadas del 60 y del 70 ésta tasa disminuyó a 18 asesinatos para luego acelerarse vertiginosamente en los años 80 y 90, alcanzando una tasa superior a los 90 homicidios por cada 100.000 habitantes. En 1993 se alcanzó el pico más alto con una tasa de 91.3 y en 1994 descendió nuevamente a 89 asesinatos por cada 100.000 habitantes. En la década del 90, la cifra de homicidios oscila alrededor de 30.000 personas asesinadas.

La desestructuración del orden social está cruzada por múltiples factores pero, indiscutiblemente, la violencia en sus manifestaciones públicas y políticas aporta entre un 13 y un 15% en el total de causas de la mortalidad violenta. Así mismo la delincuencia común representa entre el 85 y 87% en la configuración de la violencia como elemento significativo para la desestabilización social.

Por otra parte, la deslegitimación del Estado se expresa en un divorcio entre lo legal y lo legítimo, en una pérdida de credibilidad de los actores e instituciones dada la expansión de las prácticas clientelista, en una crisis profunda de la Justicia y de los organismos de defensa del Estado y la Sociedad por la impunidad y la corrupción que las acompaña, en una fragmentación en la estructura de poder al entrar en confrontación el Estado, la guerrilla, el narcotráfico, las

². SARMIENTO, Libardo. El Desarrollo Social en los 90. Revista Síntesis. Santafé de Bogotá, 1995.

autodefensas y los paramilitares, como también en la presencia de una confusa adecuación de diversas estrategias de resolución de los conflictos, donde tienen cabida la vía civil, militar, paramilitar, de justicia privada y de limpieza social.

Desestructuración del orden social y deslegitimación del Estado se constituyen en los ejes de la crisis social Colombiana, agudizada a su vez por el impacto de la adecuación del modelo de desarrollo neoliberal en su fase aperturista. Situación que permite identificar la creciente polarización social y la consolidación de una pobreza de tipo estructural.

Las condiciones que han orientado la modernización económica con la industrialización, la tecnificación y la urbanización, además de las necesarias redefiniciones en torno al mercado, permiten establecer una conexión, no solo, respecto al incremento de la pobreza especialmente urbana, sino que, se amplía más la brecha social con una fuerte tendencia hacia la pauperización. Se afianza así, una estructura social basada en la discriminación y la inequidad. Segmentación social que se traduce en un orden cada vez más rígido, posibilitando el desarrollo de una intolerancia con expresiones tan evidentes como la presencia de las diversas formas de violencia tanto públicas como privadas.

LA VIOLENCIA FAMILIAR UNA EXPRESION DE LA VIOLENCIA SOCIAL

La familia como expresión particular de las relaciones sociales y como ámbito mediador de los procesos sociales no escapa, ni a los cambios que produce la modernización, ni al impacto de la desestabilización del orden social y la deslegitimación del Estado.

Signos como la emergencia de nuevas formas de organización familiar espontáneas o inducidas, con reconocimiento legal o sin el; la tendencia a la nuclearización de la familia; la individualización del hogar y un replanteamiento de las redes de apoyo en la familia extensa; la existencia de familias

reconstituidas donde se consolidan los vínculos madrastrales y padrastrales; la evidente feminización del espacio público en las esferas productivas, laborales y educativas, conjuntamente con el ascenso estadístico de la mujer como jefe de hogar; los cambios significativos en la estructura demográfica en cuanto a natalidad, mortalidad, fecundidad, nupcialidad y años de vida potencialmente perdidos; el desplazamiento de la domesticidad, la conyugalidad y la maternidad como ejes de la socialización femenina por la búsqueda de la eficiencia salarial y profesional; la separación conyugal con la opción de conformar nuevas parejas o la alternativa de la soltería como referentes avalados social y culturalmente entre otros, indican algunos cambios en el modelo familiar tradicional.

Cambios que confrontan el arquetipo patriarcal clásico pero que no son indicativos de su derrumbe o desaparición. Todo lo contrario, entran a señalar el proceso de reestructuración del ordenamiento sociocultural patriarcal como una respuesta a los cambios que trae el proceso de modernización.

Pero la fuerza de estas transformaciones funcionales no logran consolidar un orden simbólico y cultural que legitime un nuevo contrato de relación recíproca entre hombres y mujeres respecto a su movilidad en el ámbito privado, a su posición en los procesos de reproducción cotidiana y a su proyecto de vida personal.

El escenario social cotidiano presenta un cuestionamiento de los ordenamientos basados en las diferencias naturales de los géneros, en la desigualdad de las responsabilidades maternas y paternas, en los estilos autocráticos en la toma de decisiones, para construir una tendencia, que aún, no es dominante respecto a una democratización en la vida familiar.

Así mismo, esta dinámica de la familia producto de los procesos de modernización se nutre de la desestabilización que presenta el orden social. Hay ausencia de un proyecto de identidad donde la democracia, el respeto por el otro, el reconocimiento de la diferencia sean los valores que permitan orientar la resolución

de los conflictos y posibilite construir nuevos pactos de concertación y negociación entre hombres y mujeres, adultos y menores tanto en los espacios públicos como en los privados.

Por lo tanto la violencia es una realidad que permea todos los espacios sociales y por consiguiente la familia no escapa a su presencia. Una realidad que indica un proceso de deslegitimación y de naturalización que es necesario confrontar, para poder aportar a la construcción del nuevo orden que reclama éste fin de siglo.

La violencia familiar toca un espacio signado por el reconocimiento de la privacidad y la domesticidad. Lugar simbólico que gira entre la ocultación y la revelación, donde el poder se ejerce con una impunidad encubierta y con el respaldo cultural del orden patriarcal; encontrando a su vez la fuerza necesaria en la imagen idealizada que de ella se hace, al identificarla como el ámbito de una interioridad libre, desenvuelta, lugar de refugio a las presiones normativas del exterior, urdimbre de afecto, reciprocidad y protección.

Esta imagen sacralizada de la familia, la despoja de sus referentes de reproducción de la estructura de poder, oculta el ejercicio de una dominación y niega la presencia de la violencia. Porque la familia independientemente de tipo de organización que presente, nuclear, extensa, monoparental, reconstituida, madrastral o padrastral, entre otras, responde a una estructura centrada en el poder del padre, polariza las posiciones de los miembros de la familia, legitima la imposición de decisiones y desconoce la opción de las individualidades.

En el escenario familiar se inserta la violencia como acción estratégica a través de múltiples manifestaciones físicas, verbales, gestuales, sexuales y psicológicas. Desarrolla mecanismos conscientes o inconscientes de sentimientos de culpa o de temor que le imprimen una dinámica particular a las relaciones conyugales, progenito-filiales, fraternales y parentales, desarrollando sentimientos ambivalentes entre el amor y el odio. Se

arma así un tejido donde la imposición, la contestación y la simulación nutren los conflictos y su resolución por vía violenta.

Por esto, la violencia no es ajena a éste lugar, idealizado como el ámbito del amor y la seguridad. La realidad de la violencia:

"...reconoce también el ámbito de lo estrictamente familiar y privado y allí se expresa mediante la negación de los derechos de los más débiles, sancionando una tradicional convicción de la superioridad del hombre sobre la mujer y del adulto sobre el niño. Apuntala, por lo tanto, procesos de socialización en los que el énfasis recae sobre la capacidad de imposición y la negación de las diferencias"³.

Con éste planteamiento, se abre el camino para comprender la articulación existente entre la violencia social y la violencia familiar. Se ubica desde ésta perspectiva, como producto de la dinámica social que le imprime a la sociedad los procesos de modernización, de la redefinición que presenta el ordenamiento patriarcal, y de la dificultad para instaurar nuevos referentes valorativos que orienten la interlocución entre las redes familiares.

BIBLIOGRAFIA

- DEAS, Malcolm. GAITAN, Fernando. *Dos ensayos especulativos sobre la Violencia en Colombia*. Fonade. Departamento Nacional de Planeación. Santafé de Bogotá, 1995.
- PALACIO, V. María Cristina. CASTAÑO DE Romero, Laura. 1994. *La Realidad Familiar en Manizales. Violencia Intrafamiliar*. Instituto Nacional de Salud. Universidad de Caldas. Santafé de Bogotá.
- REVISTA COLOMBIANA DE PSICOLOGIA. *Agresividad, Violencia y ley*. Universidad Nacional de Colombia. No.2. Santafé de Bogotá, 1993.

³ CAMACHO, Alvaro. La violencia en Colombia. En: Revista Foro No.6 1988, pág. 7

CARACTERISTICAS SOCIOFAMILIARES ASOCIADAS AL CONSUMO DE

MARIHUANA, COCAINA Y BAZUCO

EN UN SECTOR DE MANIZALES.

ESTUDIO DE CASO ETNOGRAFICO 1994 - 1995

Martha Janeth García Cuartas.
TRABAJADORA SOCIAL.*

*Mgr. Henry Mesa García.***

(Resúmenes de la investigación realizada en un sector de Manizales, Octubre de 1994- Agosto 1995).

La problemática inherente y derivada de la producción, comercio y consumo de sustancias psicoactivas (marihuana, cocaína, bazuco) ocupan la atención de familias, gobiernos, entidades educativas, instituciones oficiales, privadas y un sin número de organismos tanto a nivel local (municipal) como Nacional y Mundial. Es una problemática compleja, y

* Trabajadora Social. Universidad de Caldas

** Profesor Asociado Facultad de Trabajo Social. Universidad de Caldas.